

Guillermo Plaza Hernández

* Yuncos (Toledo) - 25 junio 1908
† Cobisa (Toledo) - 9 agosto 1936

En Yuncos, pueblecito de Toledo, vivía el matrimonio Plaza-Hernández. Corría el mes de junio de 1908. En la madrugada del día 25 les nació un hijo a quien el siguiente 5 de julio bautizaron con el nombre de Guillermo.

Era una familia tan ejemplarmente cristiana como económicamente pobre. El padre trabajaba como empleado de ferrocarriles, la madre atendía el hogar. Los recursos eran tan pocos que a veces no llegaban a cubrir los gastos mínimos. Guillermo va a vivir en este ambiente. A unos estas situaciones les dejan huellas de amargura y resentimiento, a otros les predispone a la sencillez y al servicio para con los que viven en situaciones semejantes. Gracias a Dios, Guillermo pertenece a estos últimos. Lo veremos por el testimonio de los que le conocieron. Pero esto no le libera de su preocupación familiar. Así escribirá: «Mi madre clama a mí por no tener para comprar ropa de invierno», «De mi casa me llegan medianas noticias…». Al Director general de la Hermandad, después de contarle la situación de su familia y de recibir contestación, responde con sencillez: «Envié a mi madre 30 duros, en vez de 50, como Vd. me indicaba, pues juzgué que con esto se podrían defender, por ahora, reservando los demás por si más adelante…».

En su vida pastoral no era agarrado ni interesado, las necesidades de su familia también sabía descubrirlas en los demás. Uno de sus

alumnos escribe: «Nos daba también cuanto él poseía y que podía ser útil para nuestra formación y apostolado».

Había nacido en una familia pobre, pero honrada. El muchacho era listillo, lo decía el maestro del pueblo y lo corroboraba el párroco, que le tenía como monaguillo. Y un día Guillermo dijo en su casa que quería estudiar. ¡Qué ilusión! Como no fuera en el Seminario… Pero para eso se necesitaba «valer». «Valer» equivalía a tener «vocación». Y el chico les dijo que «valía». Así, a los doce años ingresa en el Seminario de Toledo. Allí cursó estudios de latín, filosofía y primero de teología.

Don Anastasio Granados, condiscípulo suyo, más tarde obispo auxiliar de Toledo y titular de Palencia, nos dice de él: «Era un modelo de seminaristas, muy equilibrado… Fue siempre rectilíneo en su conducta».

Al ver el trabajo y el estilo de vida de los Operarios que tenían en el Seminario de Toledo, quiere hacerse como uno de ellos. Le atrae la formación de los futuros sacerdotes. Pensemos lo que esto va a suponer para él y para su familia: siendo sacerdote diocesano iba a tener más posibilidades de ayudarles económicamente, estaría más pendiente de ellos; pero al mismo tiempo sabe que así supeditaría su vocación a una necesidad familiar. Dios proveerá. Decide hacerse Operario y va al Colegio de San José de Tortosa. Llega el 15 de septiembre de 1927. Allí estuvo cuatro años. El curso de 1931 lo comienza en el Seminario de Zaragoza.

¿Cómo era Guillermo? Alto. El rector del Seminario le llama «el gigante don Guillermo». Era fácil distinguirle por su altura cuando se le había visto una vez. También lo sería unos años más tarde para los milicianos cuando iban a la caza de curas. Alto de cuerpo y de espíritu: hombre bondadoso, sencillo, transparente, abierto. Don José Estupiñá, que convivió con él varios años, dirá que «nunca le oyó hablar mal de nadie». ¡Con lo fácil, frecuente y pegajoso que suele ser ese vicio!

En Zaragoza estuvo cuatro años, y se sintió muy feliz entre los maños. El curso de 1935 lo comenzó en Toledo como prefecto de

los teólogos. Solamente un curso. Ya comenzaba a sentirse el eco sordo de los tambores del 36; a continuación vendría el ruido trágico de los fusiles. No le dieron más tiempo. Pero se le recordará por su bondad y por su entrega; era muy atento.

El 18 de julio comienza la guerra. Hasta el 22 estará en el Seminario con don Pedro Ruiz de los Paños, don José Sala, don Miguel Amaro, don Jaime Flores, don Miguel Torrente y dos seminaristas. Los nombro porque días después algunos de ellos serán martirizados. Hablan del martirio y se preparan juntos. El Seminario era un peligro. Allí no podían seguir. El 22, por la noche, sale don Guillermo con los dos seminaristas a la casa de uno de ellos. Allí estarían más seguros. Por el camino tuvieron dificultades. Al llegar a la puerta de la casa les detuvieron tres milicianos para interrogarles sobre quiénes eran. No podían permanecer mucho tiempo juntos. El seminarista buscó otro alojamiento el 6 de agosto.

A don Guillermo había que cambiarle a otro lugar más seguro. La dueña de la casa tenía en Cobisa un hermano, y este le ofreció cobijo a su hijo. Les pareció mejor que fuera don Guillermo. El portador de la carta con el ofrecimiento era un miliciano. A él le confiaron el traslado, después de prometer que no le pasaría nada. Lo llevó hasta Cobisa, pero inmediatamente fue al Ayuntamiento a dar la noticia. Estaba firmada su sentencia. La casa donde iba a residir se encontraba en la Plaza. Al bajar del camión había bastante gente observando. Una joven se le quedó mirando y exclamó espontáneamente: «Con ese sacerdote me he confesado yo en el Seminario». Por su altura y por su estilo era fácilmente identificable.

La dueña le ofreció un vaso de leche, pero antes de terminarlo llamaron a la puerta. Eran el alcalde y un miliciano. «Sabemos que usted es sacerdote… No se marche de aquí, porque si usted se marcha, esta señora es responsable», le dijo el alcalde. «No me marcharé, y cuando vengan, aquí estaré; que yo no quiero hacerles ningún daño a los dueños de la casa». El alcalde completó su anuncio: «Solamente queremos entregarle a las fuerzas que van a entrar en el mando». Don Guillermo asintió: «Sí, a los que vengan para asesinarme». Al

marcharse el alcalde y el miliciano, don Guillermo pidió quedarse solo para orar ante la imagen de la Virgen presente en la habitación. No había transcurrido una hora cuando llegaron cinco milicianos y muchos chiquillos. Entraron sin llamar y lo encontraron de rodillas, rezando. Inmediatamente se lo llevaron. Pidió permiso para despedirse de su madre. Pero no había tiempo que perder, pronto sería de noche. Dio la mano a la señora y le dijo: «Hay que sufrir, señora, con mucha paciencia». Se lo llevaron. Era el 9 de agosto. Guillermo tenía solamente 31 años. Nunca, que se sepa, hizo mal a nadie.

Al día siguiente, los tres milicianos que lo mataron se presentaron en Toledo, en la casa del seminarista donde había estado cobijado don Guillermo. Iban con el propósito de detener al seminarista y registrar la casa. Fueron los mismos milicianos quienes contaron los pormenores del martirio: no opuso resistencia, y en el momento de la ejecución sacó un crucifijo y preguntó quién de ellos iba a disparar, para besarle la mano en señal de perdón; se puso de rodillas y les dio la bendición con el crucifijo. No le dejaron terminar. Los componentes del grupo dispararon a una sobre él. Había nacido un mártir.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Oh Dios, que con la sangre de tus sacerdotes
Guillermo y compañeros
fecundaste su labor apostólica,
orientada especialmente a la formación sacerdotal,
concede, por su intercesión,
que surjan en tu Iglesia dignos ministros del altar,
que nosotros seamos fieles en el servicio de tu Reino.
y la gracia que te pedimos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org - www.sacerdotesoperarios.org